

# MADRID CENSOR



PERIÓDICO INDEPENDIENTE  
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un trimestre . . . . . 2,00 pesetas.  
Provincias, un trimestre . . . . . 2,50  
Extranjero, un trimestre . . . . . 4,00

PAGO ADELANTADO

### DIRECTOR

Don ANTONIO SANTONJA

MADRID 30 de Noviembre de 1890.

### ANUNCIOS

25 céntimos de peseta la línea en cuarta plana.  
Reclamos y noticias, á precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.  
PEZ, 80, PRINCIPAL.

Núm. 3

## LA CRISIS

Pueden decir lo que quieran los amigos de esta situación; pero por mucho que razonen para desvirtuar los rumores que circulan, no lograrán engañar á la opinión, haciéndola creer que es inexacto lo que los ministros mismos han dejado traslucir, bien con sus imprudencias, bien con sus indiscreciones ó por efecto de su falta de condiciones para disimular y sufrir en silencio el disgusto que experimentan los unos con respecto de los otros.

Puede alguien sostener en serio, con fundamento, que el Duque de Tetuán y el tanto adulterado por el estudio de Fabié, no son elementos que molestan, que cansan, que entorpecen la acción, hasta ahora siempre libre, del Sr. Cánovas del Castillo? Es posible creer que un carácter como el del jefe del Gobierno se amolde á que á cada cuestión que se lleve al Consejo de Ministros, á cada asunto que se ha de resolver, ya el ministro de la *novena*, como llamaban al señor Fabié por cierta novena que fué ofrecida á no sabemos qué Virgen, si el docto farmacéutico *sella* ministro, ya el heredero del Duque de Tetuán, heredero de sus títulos y bienes, no de su talento y de su genio, presentarse con un fin de objeciones y pretendan imponer su criterio apoyados en que son los genuinos representantes del Sr. Martínez Campos?

¿Cabe en lo posible que el Sr. Cánovas del Castillo aguante resignado más tiempo los peajes de independencia de que hace alarde el señor ministro de Estado y se disponga á esperar otras conversiones ó asuntos análogos del erudito Fabié?

Plándose en estas consideraciones, teniendo en cuenta la anormal situación en que se halla el partido conservador, las antipatías que se ha captado el Sr. Silvela con un proceder que aloja á los elementos de más fuerza y arraigo del Gobierno y de las luchas electorales, pesando la opinión, no echando en olvido que los conservadores han subido antes de tiempo, que han querido comerse la fruta antes de que madurase, observando el estado de los ánimos, considerando que en lo que menos al Gobierno piensa es moralizar y administrar, como prometiera, y en una palabra, haciéndose cargo del estado de la política que dada cabe que la crisis aliena, que la crisis existe, que tiene que plantearse, que ha de resolverse por fuerza?

Quizá, es muy posible, seguro tal vez, ese chispazo que ha brotado á la superficie, logre apagarse: pasarán quince días, un mes, y no volverá á hablarse de crisis; pero luego, necesariamente, por fuerza, cuando se hayan hecho las primeras elecciones y estén próximas las segundas, y comiencen á tocarse los desencuentros, entonces es seguro que la crisis surgirá, y surgirá con graves caracteres.

Nieguen, pues, cuanto quieran los conservadores, la existencia de la crisis; que el tiempo, gran descubridor de verdades, no tardará mucho en darnos la razón.

## PUNTADAS Y PUNTAZOS

Excmo. Sr. Gobernador civil de Madrid.  
Excmo. Sr.: Ya suponíamos que nuestra humilde voz no llegaría á molestar sus oídos, porque suponíamos también, que V. E. no se atreve con ciertos puntos, á pesar de que es V. E. un emulo del Cid, y buena prueba de ello, son las burlas que está dando á los puntos de *calderilla*.  
Pero crea V. E. que de este modo no se captan honrosas simpatías, y como ya en otra ocasión le hemos dicho, la gente murmura y murmura haciendo congeturas más ó menos aproximadas á la realidad, v. gr.: dicen que si V. E. será una de esas autoridades que acostumbra á tomar el tradicional chocolate... de Matías López.  
Ya ve V. E. que no le conviene seguir con esa apatía, y que está obligado moralmente á proceder contra los *pasotes* fuertes, porque fuertes son también las censuras que las personas sensatas dirigen á V. E.

Hoy, Sr. Gobernador, se juega á los prohibidos más descaradamente que en los tiempos de Zorrilla.

Revelación.—En Madrid hay, entre otros círculos políticos y de recreo, los siguientes:  
Veloz Club.  
Casino de Madrid.  
La Peña.  
Antillano.  
Reformista.  
Funcionarios públicos.

Clases pasivas.  
Republicano (Carrera de San Jerónimo).  
Idem (calle del Príncipe).  
Democrático ó López-dominguista.  
Popular.  
Etc., etc.

La verdad es que se quejan sin razón los que dicen que el Sr. Silvela no hace caso de nadie ni protege á nadie.

Un periódico, muy benevolente del Sr. Silvela, ha dado la noticia de que el Sr. Rodríguez San Pedro deja la alcaldía, porque el ministro de la Gobernación se niega á suspender á los concejales, y completa la versión soñando á los vientos de la publicidad la candidatura del señor Vizconde de Irueste para la presidencia del Ayuntamiento.

Como se ve, la intención es buena, y prueba que el Sr. Silvela se cuida de la familia.

Y si no que lo diga su hermano político el Sr. Vizconde de Irueste.

Es propósito del señor Vizconde: hemos oído que esto lo hace el Sr. Silvela por si la candidatura del de Irueste para diputado á Cortes por Guadalajara, fracasara.

Lo cual, nos presenta al Sr. Silvela como hombre previsor.

Ya es un hecho el rompimiento entre los señores Romero Robledo y Ducacal.

El diputado ex-reformista escribió á su jefe expresándole las razones en que fundaba su separación del partido, y, según nos dicen, la frase más benevolente que estampó en su respuesta el Sr. Romero, es la siguiente:

«Lo ha pensado usted muy bien y lo ha resuelto mejor.»

Siempre fué el Sr. Romero Robledo hombre agradecido.

Otro más que puede dar fe el Sr. Ducacal.

Escribe un periódico:

«Dos palabras ahora al Duque de Tetuán.

En el Muni pasan cosas mucho más graves que las que ayer denunció *El Imparcial*. Hay hechos recientes que obligan á pedir reparación y satisfacción inmediata, ó á dimitir la cartera y marchar á casa medio muerto de la vergüenza de no haber podido cumplir como español.

¿Lo sabe V. E., señor duque?»

Qué ha de saber.

El duque no sabe más que lo que piensa el general de las coronaciones.

Y ni aun de eso se aprovecha.

Porque si así no fuera, no habría dicho en el Senado tres días antes de ser ministro, que era más liberal que Sagasta.

En cuanto á lo demás que dice el colega, no hay cuidado; el duque no oye.

Leemos en un periódico:

«En Madrid se están llamando, además, en los actuales momentos por el secretario del gobierno para tratar asuntos administrativos, á los alcaldes de los pueblos que han de luchar en las próximas elecciones provinciales.

Ahora nos explicamos por qué el Sr. Sánchez Bedoya no persigue el juego.

¡Está tan ocupado en los asuntos administrativos que trata el Sr. Villalba con los alcaldes!»

Lo malo es que á pesar de todo, es muy probable, casi seguro, que va á perder las elecciones.

Y la amistad del Sr. Silvela, que entonces con más razón podrá decir:

«Las recomendaciones de la *Burla* me tienen agobiado.»

El periódico democrático de Cáceres llamado *La Reforma*, que por un lado parece zorrillista, y por otro conservador, propone la coalición de conservadores y republicanos en un artículo firmado, por cierto, por el Vizconde de Albalarga, que hace poco tiempo todavía era carlista.

Pero señor, esto no es una coalición electoral, sino un pisto manchego.

## El alumbrado público

PARA ILUSTRACIÓN Y RECREO DE CONCEJALES

Plutón, el gran Plutón, abandonó la regia estancia después de celebrar una detentadísima conferencia con su esposa Proserpina.

—¡Por las barbas de Júpiter, mi hermano! exclamó al encontrarse en su despacho—que tiene razón Proserpina.

—Contentarse ese Mercurio de mis pecados con decirme cuatro palabras del alumbrado, sabiendo la chifladura de mi costilla por cuanto con las luces se relaciona?

—Por vida de las fraguas de Vulcano! Ya le garé yo ser más explícito y si no me sirve cual debe, ni en Villaso al en ninguna parte ha de estar, más que dentro de la caldera grande.

Así diciendo, se sentó Setán á su mesa y con mano nerviosa, trazó las siguientes líneas:

«A Mercurio, Dios de los ladrones.

Has caído, Mercurio, en el desagrado de mi esposa. Tú que sabes cuán dada es ella á las cosas de alumbrado, no has debido pasar como sobre escuas por ese ramo, tan deficiente en Villaso: en su consecuencia, he dispuesto que se

constituya el tribunal para juzgar la conducta y como contestas satisfactoria y cumplidamente al interrogatorio adjunto, Minos, Eaque y Radamante.

—¡Se encargaron de imponerte la pena á que te has hecho acreedor.

—Procura no aumentar el descontento de mi esposa y no despiertes el de tu soberano.

PLUTÓN.

Por lo curioso y divertido, publico á continuación el interrogatorio.

Dice así:

### INTERROGATORIO

—Que los jueces del Infierno dirigen á Mercurio, Dios de los ladrones, y representante en Villaso del muy poderoso Plutón.

—Es cierto que en esa región de su mando todos los vecinos se quejan de lo detestable del alumbrado público?

—Es verdad que la empresa del gas, si es que os alumbráis con gas, goza de tan grande influencia en el Consejo que todo se le consiente y tolera?

—Es cierto que el carbón que se emplea para la fabricación del gas no reune las condiciones marcadas en el contrato?

—Es cierto que los faroles de las calles menos céntricas se encienden algunos minutos después y se apagan media hora antes de lo fijado en los barrios convenidos entre el Consejo y la fábrica?

—Es verdad que esto no se le concede por sus hermosas figuras á los abastecedores del gas?

—Es cierto que los delegados de alumbrado se nombran con el previo asentimiento de la fábrica?

—Es verdad que cierto regidor, delegado entonces de alumbrado, recibió un año por Navidad una caja de cigarrillos, cuya tapa iba cubierta con billetes de alto valor artístico?

—Es verdad que ese delegado fué tan honrado que devolvió los cigarrillos diciendo que no los fumaba de tan mala calidad?

—Es cierto también que la caja volvió á su poder con más billetes que cuando el puritano delegado se convenció de que el tabaco era de buena calidad?

—Es cierto que el alumbrado de las afueras resulta deficientísimo?

—Es asimismo cierto que el petróleo que se emplea es de clase infinitamente inferior á la que debía ser dada el precio á que cuesta?

Mercurio contestará sin dilación á este interrogatorio.

Dado en el Infierno... de... de...  
No sé lo que Mercurio habrá contestado, pero pienso dirigir un memorial al diablo, y si atiende mi súplica, ya informará al lector.

ROSOS.

## Cómo me consuelo yo

¡Cuán grato es, decía el poeta, ver desde la tranquila playa las olas desencadenadas, y los navíos luchando con la muerte! Y tenía razón en su egotismo; así se consolaba él, y así me consuelo también yo.

Cuando leo en los periódicos que bajan los fondos públicos, cuando me enteró de que está por los suelos el papel; cuando me dicen que los valores argentinos se venden al peso, que la colosal casa Baring hermanos ha estado á punto de quebrar, porque sus directores, no contentos con los siete millones y medio de pesetas que sus operaciones de banca, los seguros, las no comprometidas, las de giros, descuentos y préstamos sobre títulos de confianza les producían, han querido ser banqueros de la banda Celmán que ha devastado la Plata, francamente, entonces pienso que es grato no tener un cuarto.

Declaro ingenuamente que pasó días y hasta semanas y meses sin enterarme de cómo anda la Bolsa; de cuando en cuando echo una ojeada por las cotizaciones y los boletines; por ver, por instruirme, por darme cuenta de los grandes fenómenos que presenta el comercio del dinero en el mundo, por explicarme cosas que observo en torno mio. Mas, las inquietudes del que tiene fortuna, esas no las conozco yo.

¿Dinero? ¿Y para qué sirve? Los bolsistas son los primeros que encanecen. Si supieran contentarse con lo que basta al saber, vivirían largos años en paz y tranquilidad. Comprendo que se trabaja por lograr lo necesario, con abundancia; pero pasar de ese límite, exponerse á mil enfermedades, contratiempos y disgustos por ser rico, muy rico, francamente, la cosa no vale lo que cuesta.

¿Qué diferencia hay entre una cama sencilla y una esculpida, si el lujo es indiferente? ¿Para qué sirven los cuadros, los adornos de las paredes, los mullidos sofás, las mesas y veladores espléndidos? Una mesa tengo yo de un metro veinte centímetros de largo, de cincuenta de ancho, con cuatro patas rectas, una silla de poco más ó menos, y aseguro al lector que no la cambiaría por el más hermoso escritorio, de bien que me encuentro en ella.

Y cuando, como esta mañana, me siento envuelto en un gran gabán, con una manita sobre las piernas y sin fuego en mi cuarto, porque no me gusta á estas horas, y miro delante de mí el *Don Quijote*, y leo, como hoy, la entrada del caballero y Sancho en el Toboso y su coloquio, paso una hora que me la envidiarían todos los Baring del mundo.

En cambio un Rosquillo se levanta y ya no se

pertenece. El principal de París, de cuya vida oído en más de una ocasión detalles, se apresura á leer la prensa y su correo, y luego empiezan las visitas; casi toda la mañana le llegan pedigriferos: éste necesita 2.000 francos, el otro 10.000. A unos se los da con ira, á otros se los niega con ceño y el pobre millonario llega á la hora de almorzar con más ganas de mandar al demonio sus capitales que de aquilatar los talentos de sus cocineros.

La tarde se la llevan los negociados, las noches la vida social, que consiste en ir á casa de los otros, en criticarse, en burlarse de los demás, en aburrirse en el teatro. ¿Qué satisfacciones tienen?

Una sola, la de la vanidad, que consiste en oír ponderar sus riquezas, su liberalidad, los cuadros de sus museos, los libros raros, que jamás han abierto ni abrirán, de sus bibliotecas, las encarnaciones incomparables, que no tocan por temor de que se manchen. ¡Y á eso lo llaman gozar!

No hay más que una clase de riqueza que yo envidio: la del que posee una gran fortuna heredada ó adquirida desde muy joven, y que la emplea en cosas grandes: en la lucha contra los abusos y la ignorancia; en la mejora de sus conciudadanos y de sus semejantes; en la política, la ciencia ó las letras; la del que después de hacer esto se rie de las satisfacciones de la vanidad, se niega á convertirse en esclavo de los demás con sus comidas y recepciones aparatosas, y se va á disfrutar de horas tranquilas en la soledad, ó á correr peligros por los anchos mares.

En cuanto al que se desvive por enriquecerse para que digan que tiene dinero, ó para dejárselo á sus hijos, francamente, á ese le compadezco.

Y cuando llega la primavera y me voy al campo un par de horas, sin que me importe un ardito que suba ó baje la Bolsa, me digo parodiando á Benaville:

«¿Qué pobre es Bauder, que no puede venir á ver crecer la hierba?»

## La Diputación de Madrid y el Censo

Antes de entrar en materia, y á guisa de exordio, vamos á permitirnos exponer algunas consideraciones, unas cuantas ideas generales sobre el estado en que se encuentra la Corporación provincial.

En buena hora sea dicho, el Palacio de la plaza de Santiago no conserva entre sus muros tantas historias recientes y sabrosas como el de la plaza de la Villa; pero águere esto decir que su historia sea limpia y que los actos de algunos de sus individuos no tengan punto de contacto y no guarden cierta relación y no se asemejen á los de ciertos ediles?

No; desgraciadamente también en el palacio de la Diputación provincial se *ocurren cosas* y para pregonarlo están, sin remontarnos á la compra de terrenos para hospitales que intentaba el señor Marqués de Sardená, sin descender á *pequeñas* semi-ignominias de compras de libros, de comisiones de crédito para escribir obras que nada valen y que ni siquiera contienen los datos que en algunos diccionarios se hallan, sin entrar en ciertos asuntos que han pasado de moda hasta olvidarlos, está el expediente que el Sr. Aguilera siendo gobernador de Madrid, mandó instruir, y la actitud de ciertos diputados que ha mantenido á otros, tan diputados como ellos, *atejados por fuerza* de la casa de la plaza de Santiago.

Desgraciadamente, también aquí se registran *casos sospechosos*; también en la Diputación hay *diputados de oficio*, y también la gente en ocasiones murmura y murmura, y esto es lo peor de caso, con razón.

Por lo que respecta al estado de los fondos provinciales, ¿es mejor acaso que el de los municipales? ¿Están todas las atenciones cubiertas? ¿Se pagan los créditos? ¿Se atiende á las necesidades de la provincia? ¿Hay carreteras, asilos y hospitales suficientes?

Mucho tenemos que decir, pero quedará para más adelante; que ahora no tenemos tiempo para consignar si el dinero de carreteras se gasta en personal que no sale de Madrid, si cuestan un ojo de la cara las estancias de los locos en San Baudilio, si se deben las medicinas de los hospitales, si están al corriente los abastecedores de los asilos y demás establecimientos benéficos, si en estos reina el desbarajuste y los abusos son crónicos y otras mil cosas que requieren un tiempo y un espacio que hoy nos falta.

Pero como va resultando mucho exordio esto y tenemos que en vez de artículo nos resulte un *monstruo* por su enorme cabeza y escaso cuerpo, ponemos término á estas consideraciones y entramos en materia.

Sabido es que la Diputación votó un crédito de 100.000 pesetas para los gastos que había de originar la formación del censo electoral.

El censo se ha hecho, se han impreso las listas; pero se ha hecho tan mal, que la Junta Central del Censo ha visto obligada a aceptar, únicamente como provisional, y por efecto de la premura del tiempo, pero ordenando que debe hacerse uno nuevo que se ajuste a lo determinado por la ley del sufragio.

Lo cual, si no estamos equivocados, quiere decir que se tiran a la calle las 100.000 pesetas que este trabajo ha debido costar.

No vamos a examinar la forma y manera como está el censo hecho; que si lo hicieramos, fácil nos sería demostrar lo que ni el Ministro de la Gobernación ni la Junta Central han visto; esto es, que el defecto capital no está en la confección del censo de Madrid, sino en el de los pueblos de la provincia, cosa que resulta a la simple vista, pues de ese modo se ve que se ha hecho el censo con dos criterios: uno para la capital y otro para los pueblos; pero nuestro objetivo no es este, ni tampoco hacer constar la especie de que figuran según podría demostrarse, como jornaleros y porteros, tercios enteros de la Guardia civil, no es este nuestro propósito, sino que vamos a ajustarnos a poner de relieve la parte económica de esta cuestión.

Hemos dicho que la Diputación votó un crédito de 100.000 pesetas para las funciones del censo. ¿Cómo se ha empleado esa suma? Aquí de lo más original que puede darse.

De los veinte mil duros se han gastado 10.000 en personal, una nube de temporeros con cinco pesetas diarias que por espacio de más de dos meses han estado descontando el crédito que dan de este crédito, por lo tanto, cuatro mil duros únicamente.

Y ahora preguntamos: ¿cómo va a pagarse con veinte mil pesetas las setenta mil que aproximadamente arrojan los gastos de papel y de la impresión de las listas electorales?

¿Es que los créditos de los impresores y de los fabricantes de papel van a guardar turno entre los tributos que la Diputación tiene?

Problema es este que precisa resolver y cuya solución esperamos para juzgarlo.

Mientras tanto que la opinión vaya haciéndose cargo de lo expuesto, y a buen seguro convendrá con nosotros, que también crecen habas en el palacio de la plaza de Santiago.

### IDEIOS CONCEJILES

**Atención:**  
Un concejal de los que viven de sus rentas y tienen la mirada fija en cosas altas y dignas, no en miserias, se encarga interinamente de la Alcaldía.

Otro concejal de distintas condiciones le pone a la firma un negro.

El primero se niega a firmar.

El segundo pone el grito en el cielo; pero se queda sin negro.

Desde entonces éste (no el negro, sino el concejal), no puede ver a aquél.

¿A que no acertará el lector en qué estriba el disgusto entre estos dos concejales?

—En la negativa?

—Quisá, no, señor: en mil pesetas, que, según malas lenguas, vale cada negro.

**Nota.** Negro se llama en la honrada casa de la Villa a aquellos que pretenden hacerse para establecer una carbonería.

El Municipio ha arrematado contra el Sr. Nuñez Samper en su último número.

¿Por qué?

Según los amigos del delegado de limpiezas, por no acceder éste a cierta petición de credenciales de barrenderos de levita.

¿De veras? Pues entonces hay que aplaudir al Sr. Nuñez Samper, y gustosos lo hacemos.

**Peso.....**

Maldito pero.

El caso es que, según se nos decía, el Sr. Nuñez Samper no tiene en pareo razón.

Es decir, que no lo podemos aplaudir porque más débil con otros les ha dado lo que niega al Municipio.

¿Ven ustedes por dónde tenemos que guardar nuestros aplausos para mejor ocasión y tenerlos por consumo.

Hemos oído que el Sr. Salaya se va del Ayuntamiento.

¡Imposible!!!

Mientras quedan oblas, ó tinta, ó algo en la Casa de la Villa, y piedras siquiera en la capital, el Sr. Salaya no abandonará su puesto.

¿Quién iba, si el se va, a administrarnos todo eso?

Por lo demás, el Sr. Salaya está muy á gusto con su destino y no hay cuidado que lo renuncie, estando pegado á él como una lepa.

En un solo caso renunciaría el secretario del Ayuntamiento.

Cuando aquella Corporación fuera lo que debía ser.

Y se comprende; porque en otra atmósfera sana el Sr. Salaya se asfixiaría.

**Dice El Día:**

Se dice que el Sr. Rodríguez San Pedro se va cansando de los disgustos diarios que le proporciona la alcaldía, y que no tardará mucho tiempo en presentar la dimisión de su cargo.

¿Que ocurrirá en el Ayuntamiento para que los hombres de más energía desfallezcan al poco tiempo de encargarse de su presidencia?

Esto preguntamos nosotros: ¿Qué ocurre?

Y la opinión contesta:

—Pues eso que al diablo le cuentan sus amigos ó servidores.

Noticia que deben tener esterotipada los periódicos diarios:

Como de costumbre ayer no celebró sesión el Ayuntamiento por falta de número de concejales.

Si se tratara de ir á los toros no ocurriría esto.

Continuamos ignorando si se ha pagado á un señor teniente de alcalde los 3.000 duros del desmonte de la calle de Alberto Bosch.

**Nota más:** disculpamos saber que hay de la traslación de la tenencia de alcaldía del distrito del Hospital.

¿Es que ha renunciado á cobrar el Sr. Gayo?

¿Es que el Sr. Parraga desiste de su protección al casero de la casa de la calle de Don Pedro de la Mata?

¿Qué ha pasado en la Comisión de Consumos con su digno Presidente Sr. Morales?

¿Se puede saber? Porquasi no estamos equivocados, al constituirse aquella ha habido sus más y sus menos por la grave causa de haber hecho el Sr. Morales lo que la corteza mandaba y lo que le aconsejaban su rectitud y honradez.

(Se continuará.)

### QUE VAYA Y SOLOS

Pobres y pocos, como si dijéramos, por grados, va en aumento el descontento de los republicanos hacia el Sr. Sagasta. ¿A quién culpan de ineficacia porque no los secunda en sus tareas, de pedir la inmediata reunión de Cortes, y en su defecto de originar un conflicto á propósito que la opinión ha sido burlada, y atropellada por el Gobierno, la Junta Central del Censo?

No sabemos lo que el Sr. Sagasta resolverá al fin sobre este particular; pero si persistiera en su actitud presente, si permaneciera encerrado en los límites que aconseja la prudencia y su respeto á la Monarquía, á buena seguridad el partido liberal de que es jefe, no irá por ese camino de aventuras que emprenden los republicanos y ciudadanos por sus intereses de ideas y por su deseo de desgastar y quebrantar la Monarquía.

El partido liberal, ha cumplido con su deber, ha obrado conforme con su criterio; mientras pudo creerse menospreciada la Junta Central del Censo, por el poder ejecutivo, defendió sus derechos: luego de obtenida satisfacción no le quedó más que hacer más que velar, como ha venido haciendo por la pureza del sufragio, pero sin ir á hacer el juego á los republicanos, ni á comprometer sus prestigios de monárquicos y de hombres de Gobierno.

Si los republicanos confiaban en esto, confiaban mal, y así deben demostrárselo los liberales, observando la misma conducta que hasta hoy siguen, sin dárseles nada absolutamente de los ataques de sus adversarios ni de las excitaciones y quejas de los que en la Junta Central, le han ayudado á sostener los derechos y atribuciones de ésta.

Emprender esa campaña de manifestaciones y meetings, cuya idea sostienen y propagan los republicanos, sería una gran torpezana la que no creamos incurran los fusionistas. Esas manifestaciones y esos meetings, darían pábulo á comentarios que no les favorecerían, y á su sombra podrían fraguarse ciertas cosas á las cuales ni en poco ni en mucho puede contribuir un partido serio, de gobierno y monárquico como es el que acudilla el Sr. Sagasta.

Si nos equivocáramos, si el partido liberal emprendiera esos derroteros no vacilaríamos en censurarlos, pues al par que liberales independientes, somos monárquicos y en esa campaña veríamos un arma contra la monarquía.

Por esto mismo, porque contra la Corona dan estas manifestaciones y no contra el Gobierno, creemos que el partido liberal ha de responder á las excitaciones de los republicanos: que vayan solos.

### AZUL Y ROJO

En la gloriosa paleta de un pintor de talento se encontraron antes, por primera vez, el color azul y el color rojo.

—¿Qué avergonzado está mi compañero!—exclamó el azul.—Si, avergonzado del todo; está rojo como una guinda.

—¡Ah!—murmuró el rojo,—pobre compañero el mío, si lo mezclan con oro, después de haberlo puesto de azul desde la cruz á la fecha.

Los dos colores se saludaron después cortésmente y entablaron el siguiente diálogo:

**El azul.**—Compañero; ¿sabe usted qué pintamos ó qué vamos á pintar aquí?

**El rojo.**—No lo sé, amigo mío; mas me encuentro perfectamente encima de esta tabla pulimentada, gozando de su hermosa compañía.

**El azul.**—Mil gracias: veo que tiene usted buen sentido y que hace justicia á mis méritos. Ahora me explico sus rubores; sin duda está avergonzado de estar al lado mío; porque presente, con sobrada razón, que mi belleza eclipsa á la suya.

**El rojo.**—Más despacio, señor azul, y déjese de pretensiones por todos los tonos.

Yo no estoy avergonzado, no hay por qué, ni mucho menos; bien saben todos los que tienen ojos para ver que este color rojo que llevo, lo llevo desde que nací y que no, ni he ni tolera rivales.

**El azul.**—Miren el pretencioso!

**El rojo.**—¿Pues qué se había creído usted, señor azulado? Bien se conoce que no sabe quien soy, ni lo que pinto en la creación.

Aquí donde me vé, soy el mismo color que presta tonaciones de rosa y grana á las graciosas nubecillas que flotan en los horizontes de la tarde.

Yo sirvo de dosel á la aurora y pinto los frescos labios de las muchachas bonitas con mis transparencias más azules, yo derramo mis gracias en los pétalos de la rosa y enciendo la corola de la amapola silvestre, yo tengo el privilegio de ser luminoso y sé engrandecer la majestad del cielo con espléndidas auroras boreales.

**El azul.**—Y qué valen todos esos méritos, si se comparan con los míos.

No es mi color el que se extiende por todo el horizonte y el que se mira después de haberse alborozado en el espejo de los mares? No es mi color el que brilla en los ojos de las vírgenes de cabellos de oro, el que titila en las tibias estrellas?

**El rojo.**—¡Bah! Yo he estudiado astronomía, y

sé que hay estrellas de todos colores; por cierto que las que lucen el mío son las más hermosas.

**El azul.**—Estrellas rojas! Presumido, mentiroso....

**El rojo.**—Necio! Cómo se conoce que no te has asomado nunca á los cristales de un telescopio.

**El azul.**—¿A qué, si todas las grandes maravillas del cielo tienen mi color?

Si tu fueras artista, si estuviéras enamorado de la naturaleza y gozaras en su contemplación, sabrías que cuando el sol escondió tras los montes su cara de luz y las primeras sombras invadieron la tierra, es mi color el que funde en una sola tinta todas las cosas. Sabrías que son azules las sombras que proyectan los objetos que iluminan la luna, y que azules son también los besos del alma.

**El rojo.**—Yo soy el distintivo de la vida, porque doy color á la sangre, cuando deju de pintar en ella, me sucede la anemia, con sus pobrezaas que matan, la anemia que pinta con su tono los párpados de sus víctimas.

**El azul.**—Cuando recuerdo al ojo humano encendido por la calentura, maldigo de tí; si, la fiebre tiene tu color.

**El rojo.**—Palabras, palabras y palabras. Yo represento la vida y la juventud, cuando desaparecen de las mejillas de las mujeres hermosas, me despiden con lágrimas, cuando lleno de rubores una carita de doncella, soy la misma inocencia que se viste de rojo.

Yo represento los grandes ideales del presente y la realidad del porvenir, porque la bandera republicana es de mi color.

**El azul.**—Politiquillo, revolucionario, petrolero....

El rojo y el azul cortaron bruscamente su diálogo al notar que una mano alzaba la paleta, sobre la que estaban colocados, en tanto que un pincel de pelo finísimo, pelo de «marías», como lo llaman los pintores, lamia, con delicadeza, los bordes de sus cuerpucillos grisientos.

El artista acababa de sentarse delante del esbaldete y pintaba, lleno de inspiración, uno de esos cuadros de costumbres que hacen la delicia de los aficionados inteligentes, y figuran como joyas artísticas en los grandes mercados de París, y de Londres.

El color rojo y el color azul sintieron, casi á un mismo tiempo, las suaves presiones del pincel, y no tardaron en encontrarse fundidos, el uno por el otro, formando un compuesto que tenía el púrpura color de las violetas, el mismo que se duerme en los pétalos de los pensamientos.

—¿Qué bien estamos así!—exclamó el azul, apretándose al cuerpo de su compañero.—Mira qué color lucimos ahora; nunca pude imaginar que existiera cosa más linda.

—¿Qué felicidad la nuestra, añadió el rojo con voz apagada por la emoción.—Bendita sea la mano amiga que nos ha unido!

¡Ah! Si yo fuera aficionado á hacer moralejas....

J. NAVARRO-REXA.

### GALERIA DE RETRATOS

EN EL CAFÉ DEL.....

—Mozo, mozo! Por vida del infierno! ¿Si acabará de servir?

—¿Qué se ofrece, caballero?

—Café.

—¿Con gotas?

—Condemnados encendidos. Tiene gracia esto de estar leyendo periódicos, mientras el parroquiano espera.

El camarero vuelve la espalda y desdoblando el periódico, sigue leyendo tranquilamente mientras se dirige al mostrador.

—Lee alto! ¡Por qué, el... teniente de alcalde... del... distrito... de...! Inclusa no... procede... contra... los... panaderos?...

(Hablando.) Ya se ve por qué no hace nada contra los panaderos; ¡qué buenas cosas haría yo en el Ayuntamiento! ¡En seis años, habría de tener hasta coché!

—Llegando al mostrador.—Un café.

—Tómalo.

El camarero dobla el periódico y mientras recoge el servicio.

—Concejal! ¡Concejal! ¿Quién pudiera serlo!

—Si tú...? ¡Pobro! ¡No hay que soñar ni hacerse ilusiones...! ¡A servir café y cosas económicas!...

(Llega junto al velador y deja el servicio.)

—Aquí está el café.

—Por vida del gallo. ¡Pues apenas si has tardado!

EN LA CALLE DE LA PAZ

Oficial de Correos.—Que va á salir el Norte. Daos prisa, muchachos.

Un subalterno.—Es que pesa mucho esta saca.

O.—Valiente vago estas hecho. No sirves más que para leer las sesiones del Ayuntamiento.

S.—Es que tengo vocación para concejal.

O.—Mercerías serlo por lo b....

S.—¿Quién sabe si lo seré!

O.—Tienes razón.

S.—Y condiciones.

O.—Ya lo creo, pero date prisa á cargar que se hace tarde.

S.—A una, á dos, á tres... ¡Alza!

EN LAS CASAS CONSISTORIALES

Una primista.—Lo que sus digo es que esta prima no me le quite ningún gallo.

Otro.—No seas tanto y no te confíes.

—¿Por qué?

—Porque él sabe más que tú; es más lagarto.

—Pues esta vez te aseguro que no le sirve traer su gramática parda.

—Veremos.

—Veremos.

(Otro primista entrando.)

—Hola, caballeros.

—Hola, amigo.

—Mucho se madruga.

—Mucho; más que otros.

—Me parece que no.

—Buena! luego veremos.

Un portero.—¡Empiece la subasta!

—No te lo decía. Si no hay prima que no se lleve.

—Porque va á medias con... Ahí está el mérito.

—¡Maldita sea!...

EN LA PLAZA DE LA VILLA

Los mismos personajes

—Hombre, no me hables; ¡si parece mentira!

—Y sin embargo, no lo es; que está en el Ayuntamiento y no de portero, ni ordenanza, que

es lo más que pudo soñar, sino de teniente de alcaldía.

—Pero ¿qué cosas se van!

—Y ese hombre va á administrarnos?

—Y va á alternar con los concejales?

—Ya lo creo.

—Esto es un escándalo!

—Y tanto, pero es una verdad.

—Míralo; ahí viene... ¡Y de levita!

—¿Qué mal le acienta! Debe ser regalo de Bertranco.

—Toma! como que no está acostumbrado á llevar faldones.

—¿Qué suerte tienen algunos hombres! ¡Te acuerdas cuando venía con nosotros á ganarse una prima en las subastas?

—Y cuando nos servía el café...

—Nosotros le hemos hecho hombre.

—Pues claro está...

—Y ahora no nos saluda.

—¡Por vida del gallo!

### Claridades (fotografía municipal)

### Concepción Martín

No sé si te interesará. La historia es esta.

Ya llevaba yo dos años viviendo en la calle de Ruencarral, cuando una mañana, al salir á la calle, vi frente á la puerta un pequeño carro con unos cuantos modestos muebles. Suslo ser curioso, y pregunté á la portera si se mudaba algún vecino; y ella, deseara de hablar como todas sus compañeras en el oficio, me dijo en voz baja, aparentando gran misterio, que se había alquilado el sotabanco y que aquellos eran los trastos de la nueva inquilina. Añadió que ésta era joven, delgada, bastante bella, pero de un aspecto así... un poco... en fin, no era persona de su condición. Además, tenía consigo un niño, de escasos tres años y había dicho al casero, que era soltera y se llamaba Concepción Martín. Todas estas eran buenas noticias; las cuales unidas al aire, sequedad, etc. de la nueva vecina, daban motivos bastantes para sospechar de ella.

Perfectamente enterado por esta relación, como puedes suponer, salí de mi casa y seguí en lo sucesivo mi vida ordinaria, sin ocuparme de aquel chisme, al que no di ninguna importancia, considerando la mala lengua de mi portera. Esto era en el mes de agosto.

A mediados de Noviembre, una mañana, bastante fría, de sollozos, y desesperado llorar en los pisos superiores de mi casa.

Salí á la escalera en ocasión que pasaba la buena Fulgencia, á quien pregunté qué motivo le tal dolor. La moza portera me contó cómo la vecina del sotabanco, la costurera, se había quedado sin trabajo y hacía algunos días, y para mayor desgracia, el niño que estaba bastante malo, había muerto aquella mañana, momentos antes de levantarse su madre, porque lo que decía la Srta. Fulgencia:

—No le quepa á U. duda de que esa chica es la madre de su hijo. Yo ya se lo dije á U.; por lo demás, es una cualquier cosa. Siempre le andan contando, y aunque ella se hace la casta, yo no lo creo. ¡Pues mire U.! Abajo la espera todos los días uno que salió hace poco de presidio, y siempre está recibiendo cartas y siempre traen la misma letra. Vienen de Cartagena. Ya V. vé, ¡de buena parte! Esa mujer debe ser una capitana de ladrones.

Aquella viejecilla hubiera estado hablando hasta la tarde si yo no hubiera resuelto lo que había de hacer, pues en cuanto pensé un poco en lo que había oído, subí las escaleras y me paré en el sotabanco.

La puerta estaba abierta y entré. Una joven de unos veinte años próximamente, morena, hermosa, con unos ojos negros, rasgados, brillantes, que abiertos imponían respeto y entornados producían temor, estaba de pie junto á la cama con la cabeza apoyada en la pared sollozando con desesperación. Mi presencia la hizo erguirse; enjugó las lágrimas de sus ojos, y me dijo asperamente:

—¿Qué busca Ud.?

—He sabido vuestra desgracia, y vengo á ofrecerles todo cuanto yo valgo, si os puedo servir.

—Gracias. Yo nada necesito, y este niño, como Ud. vé, está muerto.

—Sentiré enojaros. Creí que podría seros útil.

—No me incomode y le doy gracias anticipadas de todas veras.

—Váis á enterrar á ese pobre niño.

—No lo sé.

—Es preciso hacerlo así.

—Es que no se cómo hacerlo.

—¿Quiere Ud. que yo me encargue de eso?

—¡Ah, señor! Le doy mil gracias. No sé quien es usted!

—El vecino del principal.

—¡Ah! vuestra hija es una niña de siete u ocho años, muy bonita?

—Sí, señor.

—He querido un día besarla, pero vuestros criados lo impidieron. ¡Todo el mundo tiene miedo de mí!

—¡Oh! No haga Ud. caso; yo procuraré que no vuelva á suceder. Permítame que os haga una pregunta: ¿habéis almorzado?

—Sí, señor.

—Creo que me engaña Ud.

—Es cierto; pero no tengo ganas.

—Yo quisiera que acompañase Ud. á mi esposa, ella os consolará y al propio tiempo besaréis á mi niña. No es bueno que esté Ud. aquí.

—Gracias, mil gracias, caballero, pero no puedo acceder á lo que exige de mí. No quisiera separarme: es mi pobre niño.

—Ego tendrá que suceder.

—Al menos mientras pueda...

—Como Ud. guste. Adios, señora, yo vuelvo pronto.

Es raro—decía yo bajando las escaleras.—Esa mujer ó es una arborizada pobre ó una miserable ennoblecida. No quiere salir de su cuarto... En fin, yo hago una obra de caridad y esto... basta.

Efectivamente, se enteró el niño y no pudo tener la satisfacción de que Concha entrara en mi casa. Valiéndome de medios indirectos la busqué trabajo.

Se me olvidó decirte que el niño se llamaba Luces Sánchez Martín.

Así pasó algún tiempo.

El día de Santa Bárbara me dijo la portera que Concha estaba muy mala y añadió estas palabras:—Usted hace mal en proteger á esa chica. —El otro día vino un inspector preguntando por ella; pareció que el presidiario que venía á verla le hecho otra fechoría.

No hice caso de esto y pasé al cuarto de mi extraña vecina.

Para abreviar: Concha murió el día de su santo. El resto de la historia que es lo verdaderamente interesante, lo describen unas cuantas cartas, entre otras las dos siguientes:

«Mi inolvidable Concha. Tu última carta me ha hecho llorar mucho y á tu padre lo mismo, porque eres muy buena y no te merecemos.

Ya sabrás que salgo de esta maldita casa a mediodía de Diciembre. En cuanto llegue a Madrid nos casaremos, y yo te prometo ser hombre de bien y trabajar de carpintero hasta que seamos ricos. El otro día en el rancho vi a tu cuñado y le dije que había muerto su mujer y que le habías resucitado la criatura. Me ha dado un abrazo para que yo te lo dé. ¡Dios quiera que sea pronto!

«El porretillo lo traía como un chico. No quiero contarte que tu padre está bastante malo; lo pesas que ya es viejo y tiene enfermedades de mala cura. No te escribo más, porque no tengo tiempo. Adios. Bendita seas. La Virgen de la Caridad de salud y todo cuanto bueno te deseara cariñoso como que te quiere con toda su alma y corazón.—Paco»

La otra carta es esta:  
«Querida hija Concha. Hoy sale Ramirez para Madrid. Irá a verte de parte nuestra. Ten cuidado porque no es buen hombre. Te lleva 200 reales que hemos ganado entre los dos para tí. Hija de mi corazón, acuérdate de nosotros.  
Tu padre que te adora.—Juan Martín»

L. S.

## LA EMIGRACION

Muchos son las cartas que tenemos a la vista; infinitos los datos que antes de tratar este importante tema, nos hemos procurado; y ante ellos, y en presencia de esas cuerdas de infelices que un día y otro día, embaucadas por los agentes, son conducidas a las Repúblicas Americanas, creemos un deber de conciencia decir algo primero al Gobierno, para que impida ese espectáculo desconsolador que ofrecen nuestros compatriotas; luego a las clases menesterosas, que son la carne de cañón, la madera blanca que explotan naciones, que si marchan tras de nosotros en cuanto al desarrollo de las artes, de la ciencia y de la agricultura, en cambio nos aventajan grandemente en echar el anzuelo para pescar los brazos que necesitan para su prosperidad y engrandecimiento.

España, la vieja España, se aleja por centenares, por millares sus hijos; sus suelos quedan sin cultivar, sus arcos parecen su industria muerde, y es que los brazos que necesita, las inteligencias que echa de menos, hay, hallados por falsas promesas que no se han cumplido, que no se cumplen, que desgraciadamente no se cumplirán.

Triste es el porvenir que España ofrece al bracero, al industrial, al artista pobre; pero por muy triste que sea, por muy precaria que sea la situación que en ella aquellos encuentren, es siempre, sin duda alguna, mejor, infinitamente mejor que la que hallan allá, a millares de leguas de su patria, sin familia, sin amigos, sin hogar y sin una sola esperanza que les anime, que les anime, que les dé fuerza y valor para soportar los rigores de un clima detestable, de un suelo insano, de un sol abrasador, y los desdenes de la suerte que soñaron tropicar a su llegada y que se truncan en terrible persecución de males y quebrantos, de hambres y de miserias.

Sabido es cómo, por regla general, se trabaja la emigración por los agentes.

Allí donde las cosechas son malas, donde el labrador no puede pagar la contribución y vé al fisco arrebatarse el pedazo de tierra que heredó de sus padres, allí donde el obrero no gana lo suficiente para vivir, donde se cierra una fábrica, donde no hay vida, ni comercio, ni agricultura, ni industria, allí se presenta el agente de emigración. Pinta la situación de las repúblicas sudamericanas; el oro, la plata, los metales más preciosos, se hallan al alcance del que quiere recogerlos del suelo; sobre trabajo, los sueldos son enormes, la vida es barata, el clima benigno, el porvenir brillante. El pobre bracero, el jornalero, el industrial, el carpintero ó ebanista ó albañil ó cerrajero que esto oye, que contempla su situación precaria, que vé todas las puertas cerradas en su patria, comienza a soñar con riquezas, con el bienestar que anhela y se decide a abandonar el suelo que le vio nacer y al que espera volver millonario; y solo, ó con su familia, se dispone a atravesar el Océano generalmente para no volver!

Entonces se le ofrecen los pasajes y algún dinero, esto último para no cumplirlo, y el emigrante sella su compromiso, y de hombre libre se convierte en una cosa que allá lejos, muy lejos, explotan y envilecen y denigran sus dueños.

El desengaño empieza pronto. Cuando se ven encadenados en la bodega de un buque; cuando sienten sus estómagos extragados por alimentos escasos y mal condimentados; cuando se ven tratados como bestias, no como criaturas a bordo.

Luego... ¡para qué trazar el cuadro si causa hasta repugnancia entrar en detalles!

La dicha que esperaban hallar, se convierte en desgracia; el oro que le ofrecieron tirado, está por las nubes; el trabajo no falta por su desgracia, sino que realmente sobra; pero ¡qué trabajos y en qué condiciones! Los sueldos son tan insignificantes en relación a los gastos indispensables a la vida, que ésta es imposible; el clima que les pintaron benigno, no pueden soportarlo, y el porvenir ¡el porvenir! les hace pensar en el suicidio, ó en la muerte que ven aproximarse a pasos agigantados por efecto del clima, de la alimentación, del exceso de trabajo ó de la desesperación y la pena que les embarga.

Demostro cuán triste es la emigración, nos falta exponer los medios de combatirla; pero ésta es tarea que exige más espacio del que podemos disponer, y que aplazamos para otro número, pues los ecos de Madrid Censor, no cesarán de oírse, mientras se siga presenciando el triste espectáculo que ofrecen algunos puertos españoles, al expulsar de la patria a infinitos hijos suyos.

## NOVEDADES TEATRALES

El estreno de un drama en el clásico teatro Español es motivo más que suficiente para llamar poderosamente la pública atención, y si ese drama lleva la firma del joven autor de *El suicidio de Werther*, constituye una de las grandes y extraordinarias novedades.

Así ha sucedido en efecto. La noche del miércoles recordaba el teatro de la Plaza de Santa Ana sus buenos tiempos, y la sala que ha perdido su aspecto triste con las modificaciones en ella introducidas, resplandecía, sino como escuela de oro, porque la imagen está gastada, como puede resplandecer el lugar donde se unen la luz que produce la electricidad y la que emana de la belleza. La aristocracia de la sociedad y la aristocracia de la literatura, todo el buen gusto que reúne Madrid en las altas esferas de la distinción y en las elevadas regiones del arte.

Pero la novedad del estreno no admite comparación con la originalidad de la *Isis*. Esto es

lo cierto. *Los irresponsables*, que así se titula la obra, es un drama de tesis y ya me ocuparé de ella, porque antes quiero decir otra cosa.

Ha resultado verdaderamente feliz la idea del Sr. Dicenta al poner sobre el tapete la cuestión de responsabilidades porque hará que éstas se discutan, si bien dentro de esa esfera que podemos llamar la moral del arte, pero con indiscutible generalidad por todos y en todas partes.

El crítico y el publicista en el libro y en el periódico, y los demás cada cual en el círculo en que se agite y viva, y no hay que negar que éste es un gran consuelo porque prueba que aun no se ha perdido la clara noción de lo recto y de lo justo y que en el fondo de la actual sociedad vive aun una vida lozana la hermosa teoría de la moral universal. Por desgracia se conserva en el fondo y no aparece a la superficie porque si bien un resto de pudor conserva en nuestras leyes la palabra responsabilidad, nadie piensa en exigirla. Por esta razón repito que consuela saber que existe en lo íntimo de las conciencias ese apego a la justa cosa que no cabe negar contemplando la unanimidad reprochada que ha obtenido la original teoría que el autor desarrolla en *Los irresponsables*.

El argumento, expuesto concretamente, es como sigue. Felipe, joven de temperamento exaltado, de carácter impetuoso y violento de ideas, descubre que la mujer a quien ha unido su suerte, y con quien vivía rico, feliz y estimado, atenta a su honor. Una noche la sorprende en brazos del amante, y, poseído del vértigo de la desesperación, mata al ladrón de su honor, y al querer hacer lo mismo con la adúltera, nota que ésta, aprovechando los momentos, ha huido.

Sabe después que ella, entregada al vicio por completo, arrostra su nombre por el lodo, y para ocultar su deshonra se retira a un pueblo pequeño donde vive oscurecido.

Allí se enamora de una hermosa joven, Margarita, que vive en una finca de recreo con su padre, y que sucumbe ante la fuerza de la pasión con que le corresponde.

La llegada de Carlos, pariente de Margarita, que viene a pedir la mano de ésta, y la interacción de un cura, que también danza en la obra, hacen saber a D. Anselmo, padre de la joven, su deshonra, y en el momento en que Felipe trata de convencer a Margarita a que le siga y ésta se resiste, llega el ultrajado padre, quiere matar al seductor, la joven se interpone y recibe el tiro que acaba con su vida y con el drama.

La tesis surge fácilmente de la exposición del argumento. Si el divorcio estuviera establecido, el conflicto dramático quedaba resuelto. Pero como no lo está, el autor declara irresponsable a Felipe porque ha obrado en virtud de los irresistibles impulsos de su temperamento, su pasión, su juventud y del disparadero en que le ha colocado la conducta de su mujer.

Hay en esta conclusión tan extrema falta de lógica, porque si el exposo se declara irresponsable después de manchar con el deshonra a aquella casa donde fue tan cariñosamente acogido, debió asimismo declarar irresponsable al amante de su mujer que bien pudo obrar impulsado por circunstancias iguales, sino de más fuerza que las suyas, y por el mismo orden de cosas debió declarar exenta de toda culpa a su mujer.

Encarnados los caracteres de los personajes de la obra en esta deplorable teoría, sólo el de Carlos resulta simpático mientras que los de las dos figuras principales no inspiran los sentimientos que se propone el autor. Felipe es un bandido de levita por sus actos, y por sus palabras un perfecto caballero, y Margarita de quien Dicenta quisiera no dudarlo hacer el tipo más humano y más hermoso de su producción, queda reducida a una joven llena de vida y de pasión, eso sí, pero muy libre en su modo de pensar y muy fácil en otorgar sus favores.

El padre Andrés y D. Anselmo son accesorios que completa la acción y cumplen del modo que quiere el autor, quien los maneja como a las piezas en un tablero de ajedrez.

De la belleza literaria de la forma no he de ocuparme. Tan unánimes están todos en condenar la idea como en aplaudir el medio de expresión. Todos reconocen que el Sr. Dicenta es un inspirado poeta, y *Los irresponsables* herían su reputación sino la tuviera tan cimentada, y tan legítimamente adquirida.

Son de una belleza irreprochable el parlamento en que Felipe refiere a Carlos su deshonra y su venganza, y el diálogo entre D. Anselmo y Felipe cuando aquél airado le pide cuentas de su infame conducta, el seductor de su hija.

El Sr. Dicenta fué llamado a la escena a terminar el segundo acto y a la conclusión de la obra, recibiendo del ilustrado y numeroso concurso entusiastas aplausos.

Ricardo Calvo fué su discusión el mejor intérprete de la obra. Poseído sinceramente del papel que representaba hizo de Felipe una creación, dando al personaje toda la vida y la pasión que encarnaba, y a la expresión mucho fuego y energía, sin que por ello se remitiera la naturalidad.

La Srta. Guerrero se distinguió también, apesar de no ser adecuado el papel que interpretó, a su temperamento artístico.

Muy bien Donato Jimenez, y ayudando los demás en la medida de sus fuerzas para que resultara armónico el conjunto.

No es el drama de Dicenta la única novedad que en la semana transcurrida registra el teatro Español. El público que acude a verlo, ve como fin de fiesta los chistes y cómicas situaciones de un juguete estrenado el lunes y que se titula *Metromonios con recibo*. La obra carece de pretensiones y el autor, D. Enrique Bedmar, no quiso presentarse a recibir los aplausos de los concurrentes. Digna de encomio es esta modestia, y tanto más, cuanto no fué discutido el éxito. Otros en cambio salen tan ufanos a recibir el tributo de la *clases* que cumple con su deber sin reparar en las protestas del público que paga.

La fortuna que en la semana anterior se mostró ingrata con el teatro Lara, ha vuelto en esta última a otorgarle sus favores.

El Sr. Arribe ha sido el encargado de traer nuevamente a tan caprichosa maestra el alegado coloso de la Comedia con el sainete titulado *Nuestra Señora*.

Obligado por circunstancias críticas un sujeto pasa por marido de una mujer casada y este *qué pro sus* da origen a ingeniosas y cómicas situaciones salpicadas de chistes espontáneos que mantienen vivo el interés hasta que ese el telón.

Un éxito franco coronó los esfuerzos del autor y la buena interpretación por parte de las señoras Rodríguez y Valverde y de los Sres. Rubio y Arana.

Sin que puedan llamarse novedades ha habido en Apolo dos extraordinarias.

Tal transformación ha sufrido *El Motín de Aranjuez* que bien pudiera llamarse estreno.

De los dos actos de este antigua obra, han he-

cho uno solo los Sres. Chaves y Torres Reina y purgada de inútiles accesorios la acción ha ganado en interés.

La música, que al episodio histórico ha puesto el maestro Marqués, contribuyó a que el público la aplaudiera con más entusiasmo.

El otro extraordinario ha sido el beneficio de los autores de *El Cádiz Nuevo* con la representación núm. 290, última de tan aplaudida obra.

En Elsva ha pasado la semana sin que se verifique ningún estreno.

Está de enhorabuena la moral y el arte. De público el teatro del Pasadizo sigue lo mismo: las funciones se celebran en familia, y aparte de esto se ve en los palcos algún que otro *caso de hipocresía* que está reclamando con urgencia los auxilios de la ciencia.

Esta falta de público tiene fácil explicación: la gente se cansa de ver los amañamientos de Carreras y de oír las insulsipez de Vega.

Esto, sin contar con que el salón parece la calle de Alcalá por lo ventilado, y con que al comprar una butaca hay que separar fondos para curarse una pulmonía segura.

## El arriendo de los consumos

Según nos informan, el Sr. Morales, uno de los pocos celosos concejales, presidente de la comisión de consumos, tiene el pensamiento de ir a la vuelta de un par de meses la renta de consumos no sujeta en la proporción que debe, teniendo en cuenta el número de habitantes que hay en Madrid presentará a la aprobación del Ayuntamiento una Memoria en la que se proponga el arriendo de los consumos.

Esta determinación del Sr. Morales, hace tiempo que constituye una de las aspiraciones de otros de sus compañeros, cuyos fines y miras en la Casa de la Villa, no son otros que dar de mano con los *chanchulleros* y *matutes* y llevar la moralidad administrativa allí donde, por carecerse de ella, tanta falta viene haciendo.

La idea, no se nos ocultó que tiene sus inconvenientes, todas las cosas en este mundo las tienen; pero las ventajas que había de ofrecer serían tantas y tan grandes que no es cosa de renunciarla por pequeñas que sí fin y al cabo, esos inconvenientes no son más que insignificantes.

Ahora bien ¿qué duda cabe que para llevar a la práctica la idea del Sr. Morales, son necesarias grandes precauciones y caminar con pies de plomo, como suele decirse? ¿Quién puede negar que de tamaña empresa no pretendieran algunos sacar un gran partido, no para los intereses del Municipio, sino para los suyos propios?

Eso es lo que hay que evitar a todo trance: que hecho el arriendo en condiciones justas y favorables al bien común del vecindario, alejando de asunto tan importante a aquellos que de todo hallan pretexto para medrar, y caminando con paso firme por la senda de la equidad, como el Sr. Morales quiere, indudablemente se lograrán grandes resultados y podría cesar, en un plazo breve en relación con la situación en que se halla, el estado del Tesoro municipal.

Estudie el digno teniente de alcalde del distrito del Centro, el proyecto que hasta ahora sólo *in vacuo* tiene, procure dar forma viable al pensamiento y sobre todo, armarse de valor para defenderlo de las iras de algunos de sus compañeros que en él verán la máquina demolidora de sus medios de lucro, para lo cual puede ir en la confianza el Sr. Morales, de que tiene a su lado a los que, al ir a la Casa de la Villa, han estampado en sus escudos este hermoso lema: «Moralidad y administración».

## LOS SECRETARIOS DE AYUNTAMIENTO

Como esperábamos, son muchos los secretarios de ayuntamientos que interpretando nuestros sentimientos hacia esa respetable clase tan desheredada por los Gobiernos, han contestado a nuestra excitación ofreciendo cooperar a la campaña que poseídos de la mayor fe emprendimos.

A nuestro juicio, no hay tiempo que perder si se quiere que el proyecto organizando la carrera de secretarios, no sufra en el Congreso otro golpe como el que sintiere en el Senado y en tanto se verifican las elecciones, entendemos que debe procurarse la unión de tan honrada clase para, de común acuerdo, buscar los medios más prácticos de influir en el ánimo del futuro Congreso de los Diputados a fin de obtener justicia, que después de todo, justicia y equidad es lo que se pide, pues no es justo que permanezca en el olvido y en el abandono más absoluto por parte de los gobiernos, los que son el nervio, el alma, el principal factor de la administración.

Consecuencia con lo que ofrecimos en nuestro anterior número, empezamos desde hoy a dar cabida en nuestras columnas a los trabajos que se nos envían, y al efecto publicamos al siguiente comunicado que nos remiten.

Dice así:  
Señor Director del Madrid Censor:  
Muy señorial y de mi mayor consideración: Ha llegado a mis manos el periódico Madrid Censor que Ud. dirige dignamente, y como quiera que pide desde las columnas del mismo, lo que en España debía de estar, concedido ha más de 30 años, que es la inamovilidad a los secretarios de Ayuntamientos, en sus respectivos cargos, me declaro desde luego suscriptor a dicho periódico.

Antes de dar a Ud. noticias, aunque sea haciendo uso del barbarismo, por ser un «disfraz» ha de participarle, como Ud. sabe, la conveniencia que encontrarían el Estado y el Municipio con poner la estabilidad en sus destinos al Secretariado español, exigiendo a éste la responsabilidad criminal cuando faltase a sus sagrados deberes.

Hora es ya, Sr. Director, que se cree un camino por el que la Administración municipal se encuentre con la moralidad, cuyo camino ha de verse el día que se consiga lo que Ud. desea y nosotros los Secretarios de Ayuntamientos, estamos esperando después de muchos desengaños como el que hemos experimentado no ha mucho tiempo con el malogrado proyecto que combatió energicamente el Sr. Girón desde el Senado. Dicho señor nos declara a los Secretarios autores de los chanchulleros municipales; pero, tal alegación demuestra, que no sabe prácticamente la ley Municipal, ó al menos el artículo 124, por el que el alcalde, cuando propone un chanchullo al Secretario y no accede a él, le impone la suspensión.

Los secretarios conocemos las arbitrariedades que los alcaldes hacen con nosotros; pero a las quejas que producimos les pagan un carpintero y duermen años sin despertar hasta el día del juicio final. Poco tiempo ha que pertenecí al Secretariado, pero ya he sufrido infinitas vicisitudes; y más quejas, puestas en manos del Sr. Gobernador civil de esta provincia de Palencia, se estrellaron contra el caciquismo im-

perante que tanto abunda en esta provincia. Dios le haya guiado por buen camino al que fué gobernador de Palencia, Sr. Ribot.

¿Que Gobiernos tenemos en España que se declaran sordos ante las denuncias hechas por falta de cumplimiento de las leyes?

¿Qué responsabilidad se ha exigido al alcalde de Villanueva y concejales por no querer admitir la incorporación en el destino de Secretario del Ayuntamiento, poniendo por disculpa que no se había terminado la licencia que tenía concedida, la cual pedí por amenazas del Alcalde, figurando como era para gestionar asuntos propios?

¿Como no se obliga al Alcalde a que me pague los haberes desde el día en que me negaron, sin causa, la incorporación, hasta el día en que se me desistió en legal forma, aunque fué ilegal, por no dárseme audiencia en el expediente como se hace en Madrid y en otras partes, en virtud de lo dispuesto en la Ley y Reglamento de 10 de Julio y 10 de Octubre, respectivamente de 1885?

En una palabra, Sr. Director, las leyes son letra muerta, y sobre todo para el Sr. Gobernador civil que hubo en Palencia y Alcalde de Villanueva; pues en otra expone las materias referentes a administración municipal y abusos del nudo gordo en el mencionado pueblo.

Suyo afectísimo seguro servidor q. b. s. m.  
MATÍAS DíEZ.

Hortoria de Carrato, 26 de Noviembre 1889.

## LA SESIÓN DEL AYUNTAMIENTO

La celebrada el viernes fué presidida por el primer Teniente Alcalde Sr. Jaqueta y duró desde las tres de la tarde hasta las seis.

Sin discusión se aprobaron la mayoría de los dictámenes sobre peticiones asuntos que figuraban en el orden del día, y después de un ligero debate, el de construcción de un tranvía de doble vía por la Empresa del Este, desde la Carrera de San Jerónimo a la puerta de Atocha. Fué admitida una enmienda del Sr. Escobar, en la que se proponía que se exigiera a la Empresa la expresa condición de que había de permitir el libre tránsito de carros.

El dictamen de la comisión referente a la recaudación del impuesto sobre la leche, fué aprobado con otra enmienda del Sr. Arroyo, por la que se elevaba la fianza del recaudador de 2.000 que había a 12.000 pesetas. El premio de cobranza se convino en que fuera el 6% 75 céntimos.

El Sr. Cabezas se lamentó de que con el prójimo que corre estos días estuvieran los guardias prestando servicio de levita.

Efectivamente, el argumento no tiene réplica, pues aunque no lo hizo el Sr. Cabezas, puede hacerse y no tiene vuelta de hoja. Para conservar el orden es necesario conservar antes a los encargados de mantenerlo.

Otro argumento; la estética no debe perjudicar a la salud.

Pedimos, pues, al Municipio que arrope a la autoridad.

La última parte de la sesión fué la más animada. Comenzó el Sr. Arredondo y echaron leña al fuego los Sres. Ariño y Figueroa, denunciando abusos electorales y pidiendo la adopción de energicas medidas para cortarlos de raíz. Allí salieron unas citaciones de empleados firmadas por el Jefe de Estadística y alcalde de barrio, que se entretenían en recoger firmas y varios tenientes de alcalde que imponían más multas que de ordinario, y después perdonaban muchas *generosamente*.

El Sr. Párraga se dió por aludido, y dijo que él era muy pacífico y que no quería armar discusiones, pero que le estaban *pitocando*. El hombre se defendió como pudo.

El Sr. Ariño presentó una proposición que firmaron además los Sres. Arredondo y Pané, pidiendo que se castigara a los empleados del Ayuntamiento, que intervinieran en funciones electorales indebidamente, la cual fué aprobada con una enmienda del Sr. Romero Paz, que hacía más práctico el acuerdo. Según éste, el alcalde-Presidente publicará una circular prohibiendo a los funcionarios que dependen del Municipio la intervención en las elecciones, y al que falta lo dejará suspendido de empleo inmediatamente, pasando el tanto de culpa a los tribunales.

Consiguiremos para terminar, que la renta de consumos sigue bajando.

Lo mismo exactamente que la temperatura.

## CHARADA

Solución a la anterior: CARAMELO.

Prima aguada me agrada  
In prima cuarta de todo;  
pero yo de ningún modo  
pienso ni amor declararla.

Pues si ríe y terciá cuarta  
al hombre que la requiera,  
que es muy coqueta nos prueba  
y está de dar el dos heria.

La solución en el número próximo.

Con objeto de que la distinguida clientela del reputado dentista de S. M. Sr. Pastor, Carrera de San Jerónimo, núm. 3, principal, y el público puedan apreciar el nuevo sistema de dentaduras de la invención de dicho Sr. Pastor, éste ha abierto un nuevo gabinete en la Carrera de San Jerónimo, núm. 29, donde tiene establecida una exposición de dentaduras, fincas de resultados lógicos y positivos.

A. PASTOR  
DENTISTA DE S. M.  
3, principal y 29, Carrera de San Jerónimo, 3, principal y 29

La Sociedad general de Préstamos, establecida en la casa núm. 5 duplicado de la calle de Espos y Mina, es, sin duda alguna, la que mejores garantías ofrece, tanto en los préstamos que hace como en las cantidades que admite.

Buena prueba de ello son los muchos asuntos que diariamente evoca, con gran contento de cuantas personas entran en relaciones con ese establecimiento.

Cuanto personas padecen de enfermedades crónicas, deben acudir al Gabinete que dirige el Dr. Parody, Alcalá, 5, principal, donde seguramente hallarán alivio y curación para sus males.

Son muchas las personas que se han sometido al tratamiento del referido Doctor, y todas ellas han quedado satisfechas de sus excelentes resultados.

MADRID: Imp. de F. G. Pérez, Bailesta, 9, bajo Teléfono 1.124

